

CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMÁTICA

DE

D. JOSÉ GARCÍA DE SOLÍS.

UN JÓVEN COMPROMETIDO,

JUQUETE CÓNICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

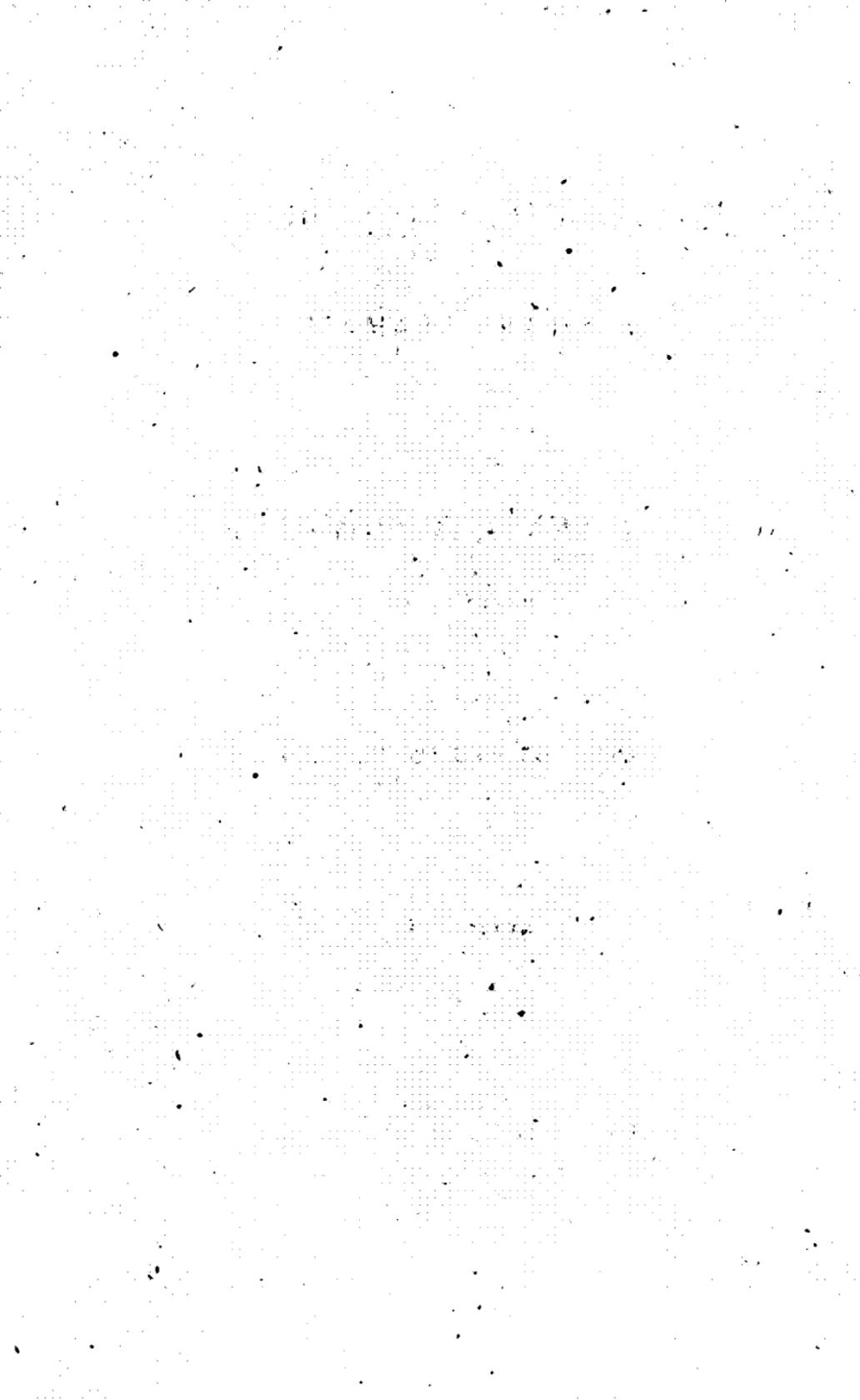
ORIGINAL DE

DON AURELIO ALCON.

NÚMERO 139.

OFICINAS:

SALAMANCA: PLAZUELA DE SAN BOAL, NÚM. 2.
1870.



UN JOVEN COMPROMETIDO.



C 3141

UN JÓVEN COMPROMETIDO.

JUQUETE CÓNICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON AUBELIO ALCON.

Estrenado con éxito en el Teatro de Lope de Buada en
Diciembre de 1870.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 14
1870

R.13953

PERSONAJES.

ACTORES.

ROSALÍA.....	SRTA. D. ^a CONCEPCION ALVAREZ.
DOÑA ROBUSTIANA.	DOÑA CARMEN FENOQUIO.
DON LEON.....	DON JOSÉ GARCIA.
EDUARDO.....	DON JUAN REIG.
DON PRUDENCIO...	DON RAMON MEDEL.

La propiedad de esta obra pertenece á D. José Garcia de Solís, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Galería de dicho Señor son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

AL APRECIABLE PRIMER ACTOR CÓMICO

DON JOSÉ GARCÍA.

Querido Pepe: Para que una obra se aplauda
(hecha abstracción de la *claque*) es necesario:

Ó que la obra sea buena.

Ó que la dirección, y por ende la ejecución sea
esmerada.

Esta comedia se ha aplaudido.

Esta muy lejos de ser buena.

Deducce, pues, la consecuencia.

Tuyo afectísimo.

Aurelio Alcon.

POSTDATA. Encargar á un primer actor que
de las gracias á los compañeros por su cooperación
á un buen éxito, es muy antiguo.

Por eso no te digo nada.

VALLÉ



ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada en casa de D. Leon.
Puertas al foro y laterales. Derecha primer término,
balcon. Un velador á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

ROSALIA, DOÑA ROBUSTIANA y D. LEON.

Al levantarse el telon están, Rosalia sentada junto al balcon.
existiendo, Doña Robustiana en el centro y D. Leon á la izquier-
da, los tres leyendo. Rosalia á hortadillas y mirando á la calle.

LEON. (Gracias á Dios que por fin
voy á poderle abrazar.
Segun hoy Ponce me escribe
salió ayer de Puerto Real,
y vendrá sobre las doce
poco ménos poco más.
Así lo dice la carta.
La leeré otra vez.)

Ros. (¡Fué tal
el placer que me causó
aquel voluptuoso vals,
que estoy desde entónces loco
deseando contemplar
el problemático rostro

- que ocultaba su antifaz.
Mi antifaz... yo no me explico.
- ROB. («Mañana recibirás
sin falta lo que deseas;
irá en gran velocidad
para que no sufras mucho.»)
- LEON. ¡Bien clara la carta está.
Si supiera mi mujer
que en mi juvenil edad,
de borrascosos amores
tuve un descendiente...
- ROB. «El cual
irá metido en un saco
y en la perrera.»
- LEON. ¡Son Blas!
¿Cómo en la perrera?
- ROB. Es claro!
- LEON. (Ay Dios mío... si sabrá?)
- ROS. Pero quién viene?
- ROB. Es un hijo
de Leon.
- LEON. ¿Mio? No tal!
(Ya lo sabe.)
- ROB. No desbarres!
- LEON. Como dices...
- ROB. Claro está!
Porque se llama Leon
el perro de Nicolás.
Y como le hice el encargo
de que me enviara ..
- LEON. ¡Ya!
(Respiro .. No sabe nada.
Maldita casualidad!)
- ROS. ¿Que yo estuve en Capellanes...
(Que horror!)
- LEON. (Si pudiera hallar
un medio para decirle
sin que le vieran...)
- ROB. ¡Ajá!
- LEON. Le contestaré esta tarde.
(Guarda la carta y se levanta.)
- ROB. ¡Está obcecado.)

LEON. Por más
que me devano los sesos,
nada, no puedo encontrar...)

ROB. Esposo, estás pensativo.

LEON. Yo pensativo? No tal! (Trata de ocultar la carta.)

ROB. Te digo que sí.

LEON. Te engañas.

ROB. Algo tratas de ocultar...
Mira que no me la pegas!
Que yo soy muy lista...

LEON. Bah!

ROB. Y el motivo es esa carta...

LEON. Mujer, por santo Tomás...

ROB. Es claro, será de alguna...
Dios me perdone, y estás
buscando para engañarme
alguna intriga infernal!
Adúltero!

LEON. Pero esposa...
tú no reparas... (Por Rosalía.)

ROB. Truhan!
No busques un subterfugio.
Responde sin vacilar.
Esa carta de quién es?
Dímelo... vamos...

LEON. (Aquí hay
que mentir!)

ROB. Vamos!

LEON. Pues bien,
del director del canal,
(donde quisiera yo verte)
y me dice que vendrá
un día de estos á hablarme.
Me tiene que consultar
sobre unas presas.

ROB. Es claro,
mujeres al fin.

LEON. Qué afán!

ROB. si es una expresión hidráulica
Hidra .. qué?

LEON. (Tú sí que estás
buena hidra.)

mis nervios sobreexcitados,
y temo me vaya á dar
el ataque...

LEON. Mira, guárdalo
para después.

ROS. Bueno, mas
necesito que me expliques
el motivo de ese ahí!

LEON. Nada... (Es un plan sublime!)
Que acabo de recordar...
Benitez, á quien anoche
encontré en el Imperial,
me dijo: «¿quieres venirte
con tu familia á pasar
el domingo, en una quinta
que he comprado en Alcalá?»
Me instó con tanta porfia,
que no me pude negar
y acepté su invitacion.

ROS. Oh! pues preciso será
que vayamos.

ROS. (Qué fastidio!)

LEON. (No está mal fraguado el plan.)

ROS. Vamos á vestirnos, niña.
Hasta luego.

ROS. Adios, papá.

(Váanse por la izquierda.)

LEON. Si digo que soy más listo...
Qué convencidas que van
creyendo que el tal Benitez
nos ha invitado... Já! já!
Las llevaré á la estacion,
y al ir el tren á marchar,
me elimino, el tren se marcha,
y las deja en Alcalá.

(Vase por la izquierda riendo.)

ESCENA II.

EDUARDO.

Se abre la puerta del foro con estrépito, y aparece Eduardo muy en desorden, llevando un *chaquet*, al que le falta un faldon. Cierra la puerta.

Con permiso... Me salvé!
Si no hallo la puerta abierta,
me estrella contra la puerta
ese Neron con *chaquet*.
Maldito baile... Tus tretas
son causa de mis afanes.
Mas ¿quién no va á Capellanes
teniendo cuatro pesetas?
Allá fui, crucé el salon,
y con mucha urbanidad,
á una diosa libertad
la pedí la introduccion.
Quiso negarse, insistí;
era mujer, y cedió;
bailamos, me enamoró;
cesó el vals y me ofreci.
Aceptó mi ofrecimiento,
y entre burlas y verdades
me tomé unas libertades
que ni las del alzamiento.
Con ella subí al *buffet*,
y lo que allí sucedió
no lo digo... porque no;
pero tomamos café.
Lució al fin el nuevo dia
y mi brazo la ofreci;
seguro estaba que así
su casa me ofrecería,
premiando la fe sin tasa
con que la amaba; aceptó
y... en efecto, al llegar no
quiso ofrecerme su casa.
Desde entonces no he cesado

esta calle de rondar,
sin conseguir ablandar
su rigor exagerado.
Cansado de tal teson,
una cita la he pedido;
subo y encuentro al marido...
Calculen qué situación!
Era una diosa casada,
y ahora me explico por qué
en Capellanes la hallé
de libertad disfrazada.
Y el caso es que por huir
de ese Otelo empedernido,
ni sé dónde me he metido
ni cómo podré salir.
Oigo pasos... la ocasion
es para picar espuelas...

(Al irse á marchar entra D. Leon, por el lado. Corre
con precaucion la puerta y abraza á Eduardo, que
está estupefacto.)

ESCENA III.

EDUARDO, D. LEON.

LEON. Hijo de mis entretelas!
EDUAR. Padre de mi corazon!
LEON. Al cabo te vuelvo á ver.
EDUAR. (Será un loco?... No me lio...)
Pero...
LEON. Habla bajo, hijo mio,
no nos oiga mi mujer.
EDUAR. Y qué importa?
LEON. Desgraciado!
Todavía ignoras...
EDUAR. Un poco.
(Pues señor, este hombre es loco,
pero loco rematado.
Continuemos hasta el fin,
no me crean un ladron...
Daria un napoleon
por encontrarme en Pekin.)

LEON. Yo estoy loco de placer!
EDUAR. (Y de otra cosa quizá.)
Mas dígame usted, papá,
¿cómo es que su mujer
no es mi madre?

LEON. Veces mil
yo lo hubiera deseado..
Eres...

EDUAR. Qué?

LEON. El resultado
de un matrimonio civil.
Voy á descorrerle el velo
que hoy en tinieblas mantiene
tu existencia, aunque así llene
mi pecho de amargo duelo.
Grabada en mi alma está
tu historia entre desengaños...
Un martes, hace veinte años,
conoci yo á tu mamá.
Era toda una señora
huérfana de un coronel,
pero que el hado cruel
hacia ser ribeteadora.
Era en Cádiz... El Balon,
teatro de eterna fama,
daba aquella noche un drama
de en los que sufre el pulmon.
Ella estaba en el Eden.
Cómo?

EDUAR. En el paraiso.

LEON. Ah! vamos!

LEON. Y el cielo quiso
que yo estuviera tambien.
Tal impresion hizo en mi
la vista de tu mamá,
que á los diez minutos la
amaba con frenesi.
Oh! Jamás olvidaré
lo que sufrió el corazon.
Se concluyó la funcion,
y al pasar por el café
no pude más resistir,

que amor en nada repara,
y la invité á que tomara...
mi brazo para salir.
Montamos en un simon
que nos condujo á su casa...
Este recuerdo traspasa
las fibras del corazon.
La llamé tórtola mía;
despues, prenda idolatrada;
despues, imagen preciada
de mi loca fantasia,
y henchido de amor profundo,
amante caí á sus piés...
Ay! siete meses despues
te echaba tu madre al mundo!
Cómo?

EDUAR
LEON

No te extrañe nada
tan inocente simpleza;
allí la naturaleza
está muy desarrollada!
Al poco tiempo, mi padre,
que me casara al momento
mandó, y aquel casamiento
causó la muerte á tu madre.
Tomé, pues, aquella esposa
porque debía obedecer.
Mi mujer no era mujer;
á más de fea, celosa.
No te engaño... La verás,
y dirás en conclusion,
si me falta ó no razon.
Como tú comprenderás,
con una mujer así,
no me atreví á proponerla,
por temor de enfurecerla,
que te trajeran aquí.
Ya has crecido y me decido
á tenerte aquí á mi lado.
Serás para ella empleado;
para mí, mi hijo querido.
No quiero más tu atencion
molestar, y voy á ver

si logro que mi mujer
te prepare habitacion.
No te impacientes... adios,
oh, fruto de mis deslices!
Verás, verás qué felices
que vamos á ser los dos.

EDUAR. (Verás cuando solo esté
qué paso llevo.)

LEON. Otro abrazo!
EDUAR. (Pues no corro mal bromazo!)
LEON. Que no te impacientes, eh?
(Vase por el foro.)

ESCENA IV.

EDUARDO, luego DOÑA ROBERTIANA.

EDUAR. Vaya usted con Dios, papá.
Como me vuelvas á ver
has de ser más listo.
(Va á huir y sale Robertiana.)

ROB. Cielos!

EDUAR. (Á que no me voy?)

ROB. Es él.

EDUAR. Cómo? Yo?

ROB. Qué atrevimiento!

Venir hasta aquí!

EDUAR. (Tambien
esta vieja me conoce?)

ROB. (Cuánto me adora!)

EDUAR. (Qué hacer?)

ROB. (Qué amor tan fino!)

EDUAR. (Qué vieja
tan horrible!)

ROB. Sepa usted
que soy casada.

EDUAR. Casada?
(Pobrecillo!) Bien y qué?

ROB. Cómo ¿y qué?

EDUAR. Que no me importa.

ROB. Háse visto avilantez!
Mi marido es muy celoso.

EDUAR. Y á mi qué me cuenta usted?

Que lo sea... yo aquí vine...

ROB. Sí... demasiado lo sé.

Es usted muy atrevido.

No contento con hacer
el trovador en la calle
desde las ocho á las seis,
tiene usted aun el descaro...
mejor, la desfachatez
de seguirme hasta mi casa.

EDUAR. Pero si yo...

ROB. Sin tener

las iras de mi marido,
que es muy celoso.

EDUAR. Lo sé;

va me lo dijo usted ántes.

ROB. Si lo llegara á usted á ver
se lo comía.

EDUAR. (Qué bárbaro!)

ROB. (Y es guapo.)

EDUAR. (Pero de qué
me conoce á mi esta vieja?

Yo no puedo comprender...)

ROB. Maldito baile, maldito!

Tú tienes la culpa.

EDUAR. Qué?

Explíquese usted, señora.

ROB. Ya no lo recuerda usted?

Picarillo!

EDUAR. (Ay Dios,
qué idea!... Por Lucifer
que fuera broma pesada!)

ROB. Ya no se acuerda el infiel
de aquel vals.

EDUAR. (Ábrete tierra!)

ROB. Ni tampoco del café
que me obligó á que tomara
cuando fuimos al *buffet*.

EDUAR. (Para cuándo son los rayós?)

ROB. Y aquellas frases de miel
que sus labios murmuraban
y aquel «te amo.»

- EDUAR. (Pardiez!
que si la dejo es capaz...)
Señora, me acuerdo bien!
Qué wals, qué noche y qué diosa!
(Malditas sean las tres.)
- ROB. Yo diosa?
- EDUAR. (De la fealdad.)
- ROB. Qué lisonjero!
- EDUAR. No á fe.
(Es necesario fingir
si no, imposible poder
escapar...) Qué noche aquella!
(Lo que siento es el café.)
Recuerda usted cuando unidos
cruzábamos al través
de aquel salón, mudo intérprete
del más sublime placer?
(Pero señores... qué fea.)
- ROB. Y aquel dulce ten con ten
del wals con que amenizaba
la orquesta... ¿Recuerda usted?
- LEON. Robustiana! (Dentro.)
- ROB. Mi marido!
Por Dios, escóndase usted.
- EDUAR. Lo que yo quiero es marcharme.
- ROB. Ahora no es fácil.
- EDUAR. Por qué?
- LEON. Robustiana! (Dentro.)
- ROB. Porque viene
por ese lado.
- EDUAR. Pardiez.
Y yo qué hago? (Á que no
me voy?)
- ROB. Espere usted
en esta sala un momento,
que yo me lo llevaré
por otro lado. Allá voy!
Adios! (Vase fora.)
- EDUAR. Hasta nunca ver!

ESCENA V.

EDUARDO.

Señores, han visto ustedes
desengaño más cruel?
Si lo que me pasa á mi...
Quién habia de creer
que aquel talle seductor,
aquel diminuto pie,
aquellos ojos de fuego,
aquella pierna y aquel...
Pero es claro, el antifaz
cubria el rostro tan bien...
Para cuándo son los rayos
oh Júpiter! Para qué
se han hecho las pulmonías,
si esa hija de Luzbel
está tan buena y tan sana...
y hay justicia... ¿Qué ha de haber?
Pues no me dice, que espere
hasta que se lleve á aquel
para... lo demás lo ignoro...
pero figúrese usté!
Nada, nada, lo mejor
es salir ya de una vez
de tal compromiso, y luego...
Otra te pego?

(Va á marcharse y sale Rosalía izquierda.)

Ros.

Oh placer!

ESCENA VI.

ROSALÍA, EDUARDO.

Ros.

Eduardo, al fin has roto
de tu silencio la implacable valla!

Enc. ut.

(Me conoce también?) Pero señora...

Ros.

Desventurado, calla!

Comprendo que el amor que te devora
te hiciera cometer esta imprudencia,
y que á mis piés rendido
implores tu perdón de mi clemencia

No de hinojos te postres
si pensabas hacerlo.

EDUAR. (Estoy lucido.)

ROS. Que adorándome así, no es bien que arros-
mi enojo, francamente imerecido. [trés

EDUAR. (Pero señor, qué pasa
que toda la familia en esta casa
me conoce?)

ROS. No há mucho he recibido
por medio de mi estólida doncella
tu epistola gentil. (Enrubándose.)

EDUAR. (Qué es lo que veo?

La de Elisa.)

ROS. Y en ella
advierto de tu alma enamorada
el natural y lógico deseo.

EDUAR. (No hay duda, he equivocado la criada!
Y es linda como hay Dios!)

ROS. Ese silencio...

Que te aqueja, mi bien?

EDUAR. (Fuera elhistoso
un cambio!)

ROS. Qué te pasa?

EDUAR. Qué decidido estoy á hacerte el oso!
Que mi pasión no escasa,
sufrir no pudo más, y es necesario
que apagues este fuego que me abrasa
ó vayas preparándome el sudario!

ROS. Sí, yo lo apagaré. Vive tranquilo.

Pero escucha no obstante:
poner no puedo á mis amores valla!
Mas si tú quieres conocer lo mucho
que mi pecho te adora, escucha y calla.

EDUAR. Pues lo quiero saber, calló y escucho.

ROS. No sé si será amor lo que yo siento,
pero es esa incógnita alegría
que une dos almas con tan fuertes lazos,
que ántes de separarlas quedaria
el pobre corazón hecho pedazos.
Ese dulce misterio incomprensible
que á veces una lágrima revela,
es esa agitacion que al deslizarse

con mágica dulzura
dentro del alma, por su afán herida
va cubriendo de célica ventura
las pavorosas sombras de la vida.

Si, es amor, Eduardo
esta mezcla de pena y de contento,
y si por mí tu corazón sintiera
lo mismo que yo siento...
qué más, qué más ambicionar pudiera!

EDUAR. Ay! ay! que me derrito.
No prosigas, mi bien, pues de otro modo
me vas á hacer llegar á lo infinito.

ROS. Perdona mi alegría,
que solo es hija de mi amor profundo.
pues nunca pensar pude que algun día
triste mortal hubierr

que al placer que soñaba el alma mia
con su amor y su fe correspondiera.

Pero escucha, Eduardo:
si un día me olvidarás
y la fe que te guardo
por otra abandonarás,
maldiciendo mi suerte,
con veneno ó puñal te daré muerte.

é iré á gozar contigo
si por tu crimen á mis manos mueres.
del dulce sueño eterno,
al cielo, si allí fueres,
y si al cielo no vas, iré al infierno.

EDUAR. (Y qué á pechos lo toma!)

ROS. Jamás te olvidaré

ROS. Si así lo hicieras...

EDUAR. (Qué apostamos que en broma
me estoy enamorando de veras?)

ROS. Pero es preciso que un eterno lazo
nos una cuanto antes.

Ofréceme tu brazo
y vamos á postrarnos á las plantas
del autor de mis días,
que ha de hacernos dichosos
haciendo de los dos mútuos esposos.

EDUAR. (Ya escampa! En cuanto cona...)

- ROS. Y si acaso mi padre
negárase cruel á nuestro ruego,
iriamos á mi madre,
cuya bondad no escasa
me hace creer consienta.
- EDUAR. (Que á palos me despida de su casa.
Conjurar es preciso la tormenta.)
Mas dime, ángel querido,
¿y si ella nuestro amor desaprobara?
Me raptas y es asunto concluido.
- ROS. Me raptas y es asunto concluido.
EDUAR. (Cristo, qué niña!)
ROS. Vamos cuanto ántes;
veloz el tiempo pasa...
- EDUAR. Cuando quieras, mi bien. (Será un milagro
que salga yo completo de esta casa.)

ESCENA VII.

LEON, PRUDENCIO, foro.

- LEON. Qué dice usted, don Prudencio?
- PRUD. Lo que oye usted, don Leon.
No quise romperle el alma
como era muy de rigor,
porque no arinara un escándalo.
Usted ya sabe que soy,
aunque muy bruto, prudente
cuando llega la ocasiou.
LEON. (Y mi mujer que no viene!)
- PRUD. Al encontrar á los dos
no sé qué pasó por mí,
pero ciego de furor,
me lancé hácia aquel infame
y le di tal bofeton,
que sin que abriera la puerta
fue á salir al corredor.
Para evitar que escapara
le cogí por un faldon
de su chaquet, pero en balde,
este trozo de castor (Saca el faldon del bolsillo.)
que de aquella gran batalla
entre mis manos quedó
á voz en grito prezona

- la derrota de mi honor.
- LEON. Cálmesse usted, don Prudencio, quizá usted en su furor creyó ver...
- PRUD. Yo no creo nunca, sépalo usted, don Leon; lo que mis ojos han visto era un ataque á mi honor.
- LEON. Las apariencias engañan.
- PRUD. Apariencias. ¡Voto á brios! si encontrara á su mujer usted en su habitacion con un jóven de patillas y botitos de charol, y que á sus piés la juraba por siempre perfecto amor, qué diria usted?
- LEON. Mi mujer es una virtud y no es capaz...
- PRUD. Sí, con efecto, su fealdad es tan atroz que sin esfuerzo le sirve de salvaguardia á su honor.
- LEON. Don Prudencio! (La verdad es que le sobra razon.)
- PRUD. Sabe usted que estoy notando se toma mucho calor por defenderles? Acaso seria usted cómplice?
- LEON. Yo?
- PRUD. Usted le conoce.
- LEON. Pero...
- PRUD. Su nombre! Voto á un cañon!
- LEON. Cuando le digo á usted...
- PRUD. Basta!
- No creia, don Leon, que fuera usted á sus años de amores encubridor.
- LEON. Don Prudencio! Usted me insulta con esa suposicion.
- PRUD. En fin, me importa muy poco

que le conozca usted á no;
pero como usted comprende,
el castigo de los dos
ha de ser terrible, fuerte...
de ella me encargo yo
y de él esta pistola: (Sacandola.)
(Qué bárbaro!)

LEON.
PRUD.

Ahora voy
á ver si puedo encontrarle;
mas ¿qué idea! ¿Este balcon
da á la calle?

LEON.
PRUD.
LEON.
PRUD.

Con efecto.
Va usted á ser mi salvador!

Pero si...

Él ha de venir,
entrará al ver que no estoy.

LEON.
PRUD.
LEON.
PRUD.

Bien, pero...

Lo mato y...

(Cáscaras!)

Gracias á usted, don Leon,
podré echar hoy un zurcido
sin conocerse á mi honor. (Entra en el balcon.)

ESCENA VIII

D LEON solo.

Pero señor don Prudencio...

Nada, nada, se marchó,

y será capaz de estarse

todo el dia en el balcon.

Buen tonto será ese quidam

si se atreve á volver... No

le arriendo la ganancia

con un hombre tan atroz!

Y yo sin poder decir

á mi mujer... pero me

le veo... ¿Se habrá marchado?

Quizá en esta habitacion... (Segunda derecha.)

Imposible. (Dentro.)

Ros.
Ros.
Ros.

Pero si... (Id.)

Les digo á ustedes que no.

LEON. Qué gritos! Qué es lo que pasa?
Mi mujer con él ¡horror!

ESCENA XI.

LEON, ROBERTIANA, ROSALÍA, EDUARDO, por la izquierda.)

LEON. (Ya lo sabe.)

ROB. Es un escándalo
y una ofensa á la moral
lo que está aquí sucediendo.
Tú no tienes dignidad!
Eres un Juan lanas, un...

EDUAR. Pero sí...

ROB. Dejar entrar
en casa á este Maquiavelo,
que con intencion audaz
de nuestra paz Octaviana
la quietud viene á turbar.

LEON. (Yo sudó!) Pero tú sabes?...
(Se desb rató mi plan!)

ROB. Te aseguro, caro esposo,
que no le he visto jamás,
ni sé quién es.

LEON. (Ay! respiro!)
Entonces...

ROS. Pero mamá...

ROB. Calle usted, perturbadora
de la doméstica paz!
Y usted, caballero, cuya
imperturbabilidad
va á ser causa de disgustos
que no quiero enumerar...

EDUAR. Pero, señora...

ROB. Silencio.

LEON. Qué ha sido?

ROS. Por Dios, mamá!

ROB. Tener el atrevimiento
de venir á enamorar
á una doncella en su propia
casa... ¿y el qué dirán?
Usted no respeta, jóven,

las leyes de la moral!
y tu hija, coadyuvando
su maquiavélico plan,
le secunda en sus proyectos.
No te horrorizas?

LEON.

Si... Ah!... (Horrorizándose.)

Qué escucho? Conque sabiendo
que es tu hermana... (A Eduardo.)

ROB.

LEON.

Qué?

No tal!

(A Rosalia.)

Que es tu hermano... No, tampoco!
tan grande es su iniquidad
que me confundo! (Qué has hecho?)

(Ap. a Eduardo.)

EDUAR.

LEON.

EDUAR.

(Qué ideal Disimular!)

Oh!

(Ganemos tiempo. No

Ap. a Doña Robustiana.)

ha comprendido mi plan.
Disimule usted, señora,
si no nos perdemos.

ROB.

LEON.

ROB.

ROS.

Qué talento!

Ah!

Qué talento!

Pues bien, tiranos papás,
si mi afán no os entenece
ni os conmueve mi llorar,
si el amor que experimento
por este joven audaz,
amor inmenso, volcánico,
sublime, piramidal,
más grande que el que ningún
poeta llegó a soñar,
no entenece esas entrañas
más duras que el perennal,
una marmórea tumba
á mi cuerpo se abrirá
socavada por las lágrimas
que habréisme hecho derramar.
(Ya salió el romanticismo!)

EDUAR.

ROS.

Y tú, amante sin igual,

que destruyes los obstáculos
con tu férrea voluntad,
no olvides que por tí muero
sin poderlo remediar.

Adios. (Va á marcharse y Eduardo la detiene.)

EDUAR. Espera un momento,
mujer sublime, ideal,
que ya noto en los semblantes
convulsos de tus papás
el perdón de nuestras culpas.

ROS. Qué escucho? Será verdad?

LEON. Tu madre...

ROB. Por mí...

ROS. Oh! gracias!

PRUD. Qué chaparrón! (Saliendo del balcon.)

EDUAR. Cielos!

ROB. y ROS. Ah!!

ESCENA X.

DICHOS, D. PRUDENCIO.

EDUAR. (El marido... Si pudiera
escapar!...)

PRUD. Yo bien, y usted? (Á R. bustiana.)

ROB. Nos habia usted asustado.

PRUD. Como no tenia que hacer
me asomé un rato al balcon.
Verdad, don Leon?

LEON. Si á fe.

ROB. Y la señora?

PRUD. Tan buena!
(Infame!)

LEON. (Pero, hombre, ven:
don Prudencio es buen sujeto,
verás... te presentaré.

EDUAR. No, no... estoy muy conmovido.
(Si me conoce... ¿qué hacer?)

PRUD. Quién es ese caballero?

LEON. Pregunta por tí, lo ves?

EDUAR. (Ábrete tierra y trágame!)
Pero sí...

- LEON. Tengo el placer
de presentarle...
- PRUD. Qué miro?
Rayos y truenos! es él.
- EDUAR. (Me partió!)
- PRUD. Voto al infierno!
Salgamos al punto.
- ROS. y ROS. Qué?
- LEON. Se ha vuelto loco?
- ROS. Dios mío!
- ROS. Qué ha sucedido?
- LEON. Si es
un jóven recomendado
que ha venido...
- PRUD. Miente usted!
- LEON. Don Prudencio!
- PRUD. Don Leon!
Bien hacia yo en creer
que era usted de los culpables..
Pero...
- LEON. Cómplice también.
- PRUD. De qué eres cómplice, esposo?
Yo necesito saber...
- LEON. De nada, que don Prudencio
se figura...
- PRUD. Calle usted.
- ROS. Pero qué quiere ese hombre?
- EDUAR. Nada, hija, sino que...
(Yo sudo!)
- PRUD. Antes de todo
quiero que me digan quién
es ese jóven.
- LEON. (Aquí hay
que decir la verdad.) (Es (Ap. & D. Prudencio,
mi hijo.)
- ROS. Es mi amante.
- ROS. (Ap. a D. Prudencio.) (Es un jóven
que me adora.)
- PRUD. Voto á cien
mil legiones de diablos!
Acaso han creído que
podían ustedes burlarse

- así de mi buena fe?
EDUAR. (Me va á matar!...)
PRUD. Mas qué miro?
Ya no cabe duda, es él.
Conoce usted este faldon? (Sacándolo.)
EDUAR. Cielos!
ROS. Cómo?
EDUAR. Diré á usted...
ROB. Este apéndice... (Quitándosele á Prudencio).
ROS. No hay duda,
te pertenece.
LEON. (Era él.)
ROB. Pero cuál es su delito?
ROS. Yo no comprendo por qué.
PRUD. Le he sorprendido infraganti
á los piés de mi mujer.
EDUAR. (Agua va!)
ROS. Cielos! (Se desmaya.)
ROB. Dios mio! (Id.)
LEON. Se han desmayado!
PRUD. Y usted (Á Eduardo)
me ha de dar satisfaccion
muy cumplida!
EDUAR. Ahora es
imposible... Necesitan
de mis cuidados... despues...
(Tengo un nudo en la garganta!)
LEON. Vecino, ¿quisiera usted
traerme un vaso de agua?
PRUD. No me da la gana!
LEON. Bien!
(Qué amable!)
PRUD. Voy á arreglar
mis asuntos y despues
vuelvo á matarle!
EDUAR. (Qué bárbaro!)
LEON. (Y le matará!)
PRUD. Ay de usted
como lo encuentre!
EDUAR. Pero...
PRUD. Lo dicho y hasta despues! (Vase fore.)

ESCENA XI.

DICHOS, menos PRUDENCIO.

- LEON. Ya lo has oído.
- EDUAR. Si á fe.
- LEON. Nada tengo que decirte!
- EDUAR. (Más vale...)
- LEON. Debes batirte!
- EDUAR. (Incomodado.) Si señor, me batire!
- LEON. Tienes mi sangre, y así no es bien que el duelo dilates; es preciso que le mates. (Ó que me mate él á mí!)
- EDUAR. Mas si él le matara, yo muriera de pena.
- LEON. Ya!
- EDUAR. (Maldito si me da que tú te mueras ó no.) Pero abrevian los instantes y no tardará en venir ese café... hay que salir de este enredo cuanto antes!
- LEON. Silencio! Ya han suspirado... Parece vuelven en sí.
- ROS. Ay! Dónde me encuentro?
- LEON. Aquí.
- ROB. Ay! Dónde estoy?
- LEON. Á mi lado!
- ROS. Parece fué un sueño... Siento un no sé qué...
- EDUAR. Rosalia!
- ROS. ¡Era verdad!
- (Se arroja en brazos de Doña Robustiana.)
- ROB. Hija mía!
- ROS. (Incorporándose de repente y con entonación trágica.) Escúcheme usted un momento. Con ciega pasión le amé, le adoré con frenesí desde el día en que le vi parado ante aquel café.

Desde entónces no sé qué
por mi corazón pasó,
que el pobrecito cayó
sin conocerlo quizá
en las redes que usted ya
con su engaño le tendió.
Era tanta mi pasión
que llegué á cegar al fin...
Me pareció... uu serafín...
con gaban y pantalon.
Pero pronto mi ilusión
se destruyó con mi afán
al conocer su desmán,
y aunque me engañe también
sus frases, sépalo bien,
jamás me convencerán!
Así, mi pasión feroz
me hace ser con su deslíz,
la verdad, muy infeliz,
porque es usted muy atroz!
Y aunque me diga su voz
que su lenguaje es veraz
y que no ha sido capaz
de seducir con doblez,
te diré con altivez
que me deje usted en paz!
Fuera inútil su despecho,
pues su conciencia le tacha
de perder á una muchacha
y estará usted satisfecho.
Mas aunque sufra mi pecho
por ser usted tan mal bicho,
no obedezco á mi capricho
ni á mi corazón escucho,
porque es demasiado dicho
para conquistas... He dicho!

El chico. (Desesperado.) Pues bien, sí, es la verdad.

Soy culpable! (A ver si así
logro escapar!)

Ella

Ay de mí!

Es cierto .. Cuánta maldad!

ROB. Infame!
EDUAR. Pero señora...
ROB. Seductor!
ROS. Mal caballero!
ROB. Infiel!
ROS. Traidor!
ROB. Embustero!
SÍ SEÑOR!
EDUAR. (Las dos ahora!)
ROB. (A D. Leon.) ¿No te horrorizas al ver
cómo insultándome está?
LEON. Sí me horrorizo... Oh!! Ya
me he horrorizado, mujer.
EDUAR. Pero, señora, por Dios!
ROB. Ibícuo.
EDUAR. Yo no merezco...
LEON. (Soy franco... Le compadezco...
Le matan entre las dos!)
ROB. Venga usted acá, infiel! (Atrayéndole hacia sí.)
ROS. Venga usted, mal caballero. (Id.)
ROB. Conmigo!
ROS. Conmigo!
EDUAR. Pero...
No hay quien me traiga un cordel?
ROB. De cólera no respiro!
LEON. (Pobrecillo!)
ROB. Trapalón!
ROS. Infame!
ROB. Perro!
ROS. Bribón!
EDUAR. Y no hay quien me pegue un tiro?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. PRUDENCIO, foro con dos pistolas.

PRUD. Aquí estoy yo!
EDUAR. Vamos pronto,
y libreme por piedad
de las garras de estas fieras
que me quieren devorar!
ROB. Mátete usted, don, Prudencio!

- Es un infame... Un truhan...
- PAUD. Tranquílicese, señora,
que todo se arreglará.
Escoja! (A Eduardo presentándole las pistolas)
- EDUAR. (Tomando las dos.) Gracias.
- PAUD. Las dos?
- EDUAR. Me es completamente igual
una que otra, y así
estoy más tranquilo.
- LEON. (Ya!)
- PAUD. Se burla usted?
- EDUAR. Yo? (Qué idea!
Si me pudiera salvar...)
Burlarme yo... al contrario,
pero tenemos que hablar.
y mientras las tenga yo
lo haré con más libertad.
- PAUD. Bien... hable usted, pero pronto!
- EDUAR. (Entre dejarme matar
y casarme... pecho al agua!)
Es cierto que poco há
me sorprendió usted infraganti
á los piés de su mitad;
pero mi conducta, que
pareció á ustedes audaz,
es consecuencia de una
equivocacion no más.
Mi pasion por esta jóven, (Por ROSA:
pasion sublime, ideal,
me hizo atropellar las leyes
que rigen la sociedad;
quise hablarla, mas sin durla
equivocé el piso.
- PAUD. Ya!
- EDUAR. Ciego de emocion, no pude
conocer mi error fatal,
y entónces usted...
- PAUD. Si, sí!
- Ya sabemos lo demas.
- LEON. (Qué manera de mentir!)
- ROS. (Cuánto me ama!)
- ROS. (Qué audaz!)

- EDUAR. Y en prueba de que no miento
petición hago además
á don Leon de su hija.
- PRUD. Y don Leon se la da
á usted.
- LEON. (Á Eduardo.) (Eso será en broma!)
- EDUAR. No es en broma, que es formal!
- LEON. (Pero hombre... tú no comprendes?...)
- PRUD. Ahora recuerdo... al entrar (Á D. Leon.)
me entregaron este parte,
y presumo que será
para usted. (Se lo da.)
- LEON. Veamos... Cielos!!
(Lee ap.) «Niño partió Cuba tras
suriparanta.—Por correo
van detalles.—Trinidad.»
(Era cierto lo que dijo...
Y me he dejado engañar...)
- ROB. Qué dice?
- LEON. Es para este.
(Por Eduardo. Se lo da.)
- EDUAR. Cierto! (Después de leerle. Ap. á Leon.)
(Si usted no me da
á su hija lo publica!)
- LEON. Pero...
- EDUAR. (Empiezo...)
- LEON. (No... jamás
Si mi mujer se enterara...)
En todo consiento!
- ROB. Ah!
- EDUAR. Gracias, don Leon.
- ROB. Qué dice?
- EDUAR. Corriente!
- ROB. Oh gozo!
- ROB. No tal!
Yo también mando en mi hija
y no puedo tolerar...
- EDUAR. (Acceda usted, ó si no
pronto don Leon sabrá
lo del baile!)
- ROB. (Pero...)
- EDUAR. (Empiezo!)

ROB. (Silencio por Dios!) Si es tal
su cariño y tú consientes... (A D. Leon.)

EDUAR. Oh gracias! (Respiro!)

ROS. Ah!

EDUAR. (A D. Prudencio)
Ahí tiene usted sus pistolas,
ya no hacen falta.

PRUD. (Tomándolas.) Es verdad!
Doy á usted mi enhorabuena,
jóven.

EDUAR. Gracias!

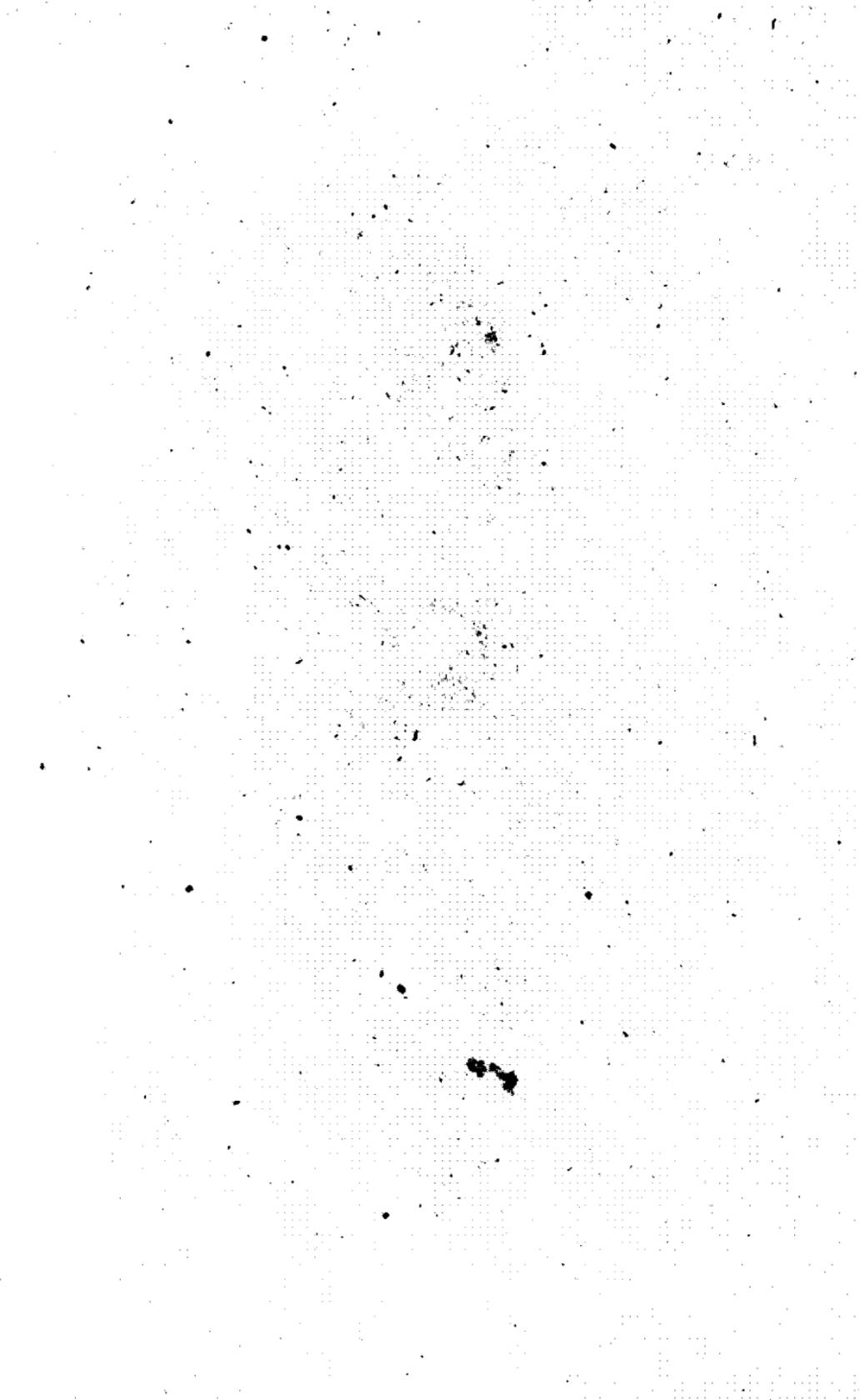
PRUD. Además
le ruego á usted que conserve
como recuerdo este par
de pistolas, por si acaso
algun dia su mitad
se estralimíta...

EDUAR. No... gracias,
que no le quiero privar
del placer de usarlas cuando
tenga usted necesidad!
Señoras, señoritas (Al público.)
y caballeros,
que ustedes no me silben
es mi deseo.
Compasion pido
para esto pobre jóven
COMPROMETIDO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

ARDIDES DE UNA MUJER.....	En un acto y en prosa.
POR TENER EL MISMO NOMBRE ¹ ...	En un acto y en verso.
¡ DUE CONSPIRATORI.....	En un acto y en verso.
LOS MANDAMIENTOS DEL TIO ¹ ...	En un acto y en verso.
FIOR Y FRUTO.....	En un acto y en prosa.
UN MANOJO DE ESPÁRRAGOS ¹ ...	En un acto y en prosa.
D. EDUARDO LOPEZ Y GARCÍA...	En dos actos y en prosa.
UN JÓVEN COMPROMETIDO.....	En un acto y en verso.

1 En colaboración con D. José de Fuentes.





C31